

TRAS EL RASTRO DE MADRID

1987 - 2010

Fotografías

Jorge Póo

Presentación

Andrés Trapiello

EDICIONES DOCE CALLES

A high-contrast, black and white photograph. The upper half shows a dark silhouette of a person's head and shoulders against a grainy, textured background. The lower half is mostly black, with the white text of the title and dates overlaid on the left side.

Tras El Rastro
de Madrid
(1987-2010)



Jorge Póo



Para mí todo comienza cuando, a la edad de nueve años, tras mi primer y largo viaje a Madrid desde Comillas de la mano de mis padres, tío y abuelo, voy por primera vez al Rastro, un lugar que me pareció fascinante, donde podía ver gentes rarísimas que tenían todo tipo de cosas, la mayoría desconocidas para mí, tiradas por el suelo. El ambiente era bullicioso y tranquilo a la vez, donde se veían muchas cosas y muchas caras sorprendentes y, a veces, muy cercanas y donde también se oían voces vibrantes que ofrecían a la gente que se aprovechasen de las "gandas". Todo me atraía y me sorprendía, a la vez que no lo entendía.

Creo que iba de la mano de mi madre para no perderme entre tanta gente. El recuerdo más vivo y permanente fue ver a un señor muy mayor, con el rostro arrugado y serio, que vigilaba con mucho celo los objetos que había extendido sobre el suelo a su vera; una hoja doble de periódicos sobre la que había sin orden alguno unas cuantas piedras de distinto tamaños, unos cuantos tornillos roñosos y una dentadura postiza, para mí esa "combinación" de objetos me produjo una gran impresión, quedé conmovido, me llamó mucho la atención, también la de mi madre y mi abuelo por los gestos de una y los golpecitos que me daba con el codo el otro.

Esta imagen de vivo recuerdo es la que he estado buscando por el Rastro obsesionadamente al volver muchos años después, a partir de 1987, para fotografiarla y plasmarla y, de alguna manera, tenerla a mano, pero, claro, nunca la he conseguido, nunca la he encontrado, seguirá en la memoria donde siempre estuvo.

Jorge Póo Rayón

La cámara de Póo ha buceado bajo la superficie del Rastro inmemorial, intemporal y marginal, bazar asilvestrado en el que aún prevalecen las milenarias artes del regateo, la dialéctica del tira y afloja frente a la burda dictadura del lo toma o lo deja y del precio fijo.

MA



UN RASTRO NUEVO (A Propósito de las fotos de Jorge Póo)

«Cualquiera puede hacer una buena foto, pero eso no le convierte en fotógrafo». Se lo oímos decir al fotógrafo Castro Prieto hace ya muchos años.

Incluso hay fotógrafos profesionales que pasarán a la historia por una sola instantánea.

Manuel Pérez Barriopedro se encontraba en las Cortes la tarde del 23 de febrero de 1981 cuando entró el coronel Tejero y una compañía de guardias civiles armados con metralletas. De los setenta u ochenta mil segundos, más o menos, que duró aquel golpe de Estado y en los que el coronel permaneció en el recinto, seguramente ninguno como ese instante fugaz («decisivo», diría Cartier-Bresson), que captó Barriopedro, con Tejero subido a la tribuna de oradores, pistola en mano, la otra al aire y su tricornio de charol negro a medio camino, solo una cuarta por encima de su gran mostacho, y gritando aquel sofisticado «¡Se sienten, coño!» que heló la sangre a todos los demócratas. La foto dio la vuelta al mundo y no hay español que no la recuerde. Es tan buena que podría valer para cualquiera de los pronunciamientos militares del siglo XIX anteriores a los fotógrafos reporteros y, desde luego, para justificar toda una vida profesional como fotógrafo. De Barriopedro solo se recordará esa foto, y no hace falta más.

No es difícil ir al Rastro un día, y hacer una buena foto. El Rastro es muy generoso, incluso con aquellos que lo visitan una o dos veces y no vuelven a poner los pies en él. Con estos, a menudo, lo es más. El Rastro tiene ese salero. Todos conocemos a alguien que fue un día y encontró el tesoro que uno lleva persiguiendo cada domingo desde hace medio siglo. Y ese afortunado lo encuentra porque le estaba destinado solo a él, y no a nosotros (en un rato expondré aquí «la teoría de las espadas»). Ahora, lo difícil no es hacer una buena foto del Rastro, lo difícil, lo raro, lo milagroso es hacer muchas y buenas de un lugar como ese, que da pie a tantos malentendidos fotográficos. Como le sucede al costumbrismo, tan peligroso para la pintura, la música o la literatura, el Rastro para el fotografía es peligroso, y más aún desde que los móviles vienen con cámara incorporada y la técnica ha hecho de cada uno de nosotros un fotógrafo más o menos improvisado, adventicio: si la ciencia está en hacer de la anécdota una categoría, en el Rastro a menudo viene a suceder al revés, allí las categorías suelen acabar en anécdota.

Jorge Póo entra con este trabajo inédito en el escogido grupo de «fotógrafos del Rastro», de Carlos Saura a Eduardo Dea, Antonio Corral, Félix García y Alejandra Seijas, por contarlos solo con los dedos de una mano. Lo hace por la puerta grande. Insistamos: buenas fotos del Rastro podríamos juntar muchas (no tantas), más de un centenar, seguro. Las hicieron también grandísimos fotógrafos: Wunderlich y Catalá-Roca, Santos Yubero y Paco Gómez, Enrique Palazuelo y Cualladó, el propio Castro Prieto, Plossu, Juan Ballester, Javier Campano, García-Alix, Miguel Ángel Sintés o Rafael Trapiello. No hay fotógrafo

que no haya hecho un trabajo de Madrid que no se haya pasado por el Rastro con su cámara. Y anónimas, también, yo he visto muchas, pequeñas obras maestras, imágenes memorables. Ahora, libros monográficos, no tantos.

El de Póo es para mí ya uno de los tres grandes libros del Rastro. Y además: en este encontrarás dos o tres de las mejores que se hayan hecho nunca a ese mercado.

El Rastro está lleno de tentaciones. Todo en él, todos en él, acabamos siendo bizarros, originales..., fotogénicos. Incluso surrealistas. El surrealismo es fotogénico. Y el Rastro es como un vivero de surrealismos, se dan allí como las setas. Hay que templarse mucho para no sucumbir a la orgía de imágenes, yuxtaposiciones disparatadas, objetos anacrónicos, trampantojos, descacharres antológicos, tipos curiosos o maltratados (entre los rastrosos y los rastrosas, entre los tratantes y los tratados, entre los que venden y los que buscan, entre los que van a comprar y los que solo han ido a estorbar). El Rastro, que puede ser el lugar más poético del mundo, está siempre a un paso de lo grotesco, y el fotógrafo, el escritor, el pintor han de sortear este peligro.

El Rastro es el lugar de las resurrecciones, ha dicho uno alguna vez. Casi todo lo que llega allí ha venido vencido o moribundo, y no solo en sentido literal (la mayor parte de las cosas vienen directamente de la casa de un muerto recién desalojada). Y la gente acude a ver qué puede librar del basurero, de su desaparición definitiva, rescatándolo para darle una segunda vida. Pero, claro, no todas las resurrecciones tienen el mismo interés. Hay que frecuentarlo, para asistir a las que importan y no llevarse lo primero que se encuentra.

Y aquí es donde aparece Jorge Póo.

Pero antes, decía, he de explicar «la teoría de las espadas». La ha contado uno también otras veces. Durante años mi hijo me pidió una espada. Tenía entonces nueve o diez años. Y cada domingo esperaba ansioso mi vuelta del Rastro: «¿Has visto alguna?». Lo cierto es que no. Temía también que jugando se hiciera daño él o pudiera hacérselo a su hermano. Así que cada domingo le decía: «En el Rastro no hay espadas». Y yo no mentía, porque nunca las había visto. Mi hijo no dio su brazo a torcer: «No puede ser. Siempre has dicho que en el Rastro sale de todo. Quiero acompañarte un día». Sentía pena por él, por ser invierno y darle el madrugón. Llegamos y en cuanto pusimos el pie en la calle Arganzuela, exclamó: «¡Papá, mira, un florete!». Cierto. Por suerte le faltaba medio gavlán, y no tuvimos ni que preguntar el precio. A la media hora: «¡Arrea, otra, papá!». Cierto también, una imitación de esas que hacen en Toledo para los turistas, una especie de Tizona. Por suerte también era demasiado grande y no hubiera podido blandirla ni a mandoble. Encontramos esa mañana cinco, y mi hijo acabó teniendo con el tiempo su pequeña colección de espadas (y viendo ahora las fotos de Póo descubro una en la que aparece un cartel anunciando... ¡una «espada salvaje de Conan» a 1.500 pesetas!, foto de los mismos años en que uno le aseguraba a su hijo que «en el Rastro no hay espadas».

En fin. Lo interesante es que aquello le permitió a uno formular «la teoría de las espadas»: solo encontramos aquello que ya llevamos en la cabeza desde casa; la búsqueda en realidad es solo un reconocer lo que traemos ya encontrado. Quien no lleve en la cabeza lo que busca, jamás lo encontrará (claro

que también acabamos llevándonos lo que no buscábamos, descubrimientos a menudo portentosos). «Solo vemos lo que nos mira» decía Franz Hessel.

Las fotos de Jorge Póo son solo suyas. Nadie ha podido verlas antes, porque únicamente él es quien las llevaba en la cabeza.

Un día me contó Póo que él había ido por primera vez al Rastro con nueve años. Lo llevaron sus tíos y su abuelo, a quienes habían venido a visitar desde Santander. Vio sobre una hoja de periódico tres o cuatro pingos y una dentadura postiza. Aquello le impresionó. Cuando años después volvió, ya adulto, con una máquina de fotos, fue buscando aquella dentadura para retratarla. No la encontró. Contó uno en uno de los tomos del Salón de pasos perdidos una escena parecida. La dentadura postiza es un clásico del Rastro. Yo vi probándose una a un moro viejo, y con mucha seriedad dejarla después en el suelo, disculpándose con el vendedor porque no le asentaba. El moro llevaba una chilaba clara y sandalias. No ha vuelto uno a ver nada parecido. En el Rastro casi todo pasa una vez, como el agua del río de Heráclito. El Rastro es también un río, como sabe todo el mundo. Hay que estar atento para ver las cosas, pero regresar no te garantiza volver a verlas. Son momentos únicos.

Las fotos de Póo son únicas, y un regreso a lo que él ya vio en alguna parte que solo él conoce. Muchas son además «fotos robadas», instantes arrebatados un poco a traición. Sin ese robo, se habrían perdido para siempre, habrían ido a la fosa común que es el pasado. Testimonian muchas resurrecciones. Y tienen para mí el valor añadido de que son de un tiempo lo bastante antiguo como para traerme buenas memorias.

Que estas fotos sean, además, en blanco y negro, se agradece. El Rastro es de por sí ya lo bastante chillón y estridente como para que vengan a distraernos o amontonarnos con el color.

Póo ha tocado las principales teclas del Rastro: el tiempo (una de sus fotos de relojes es para mí una de esas obras maestras que decía), la muerte (cruces, despojos, fotos de antepasados anónimos, difuntos ya todos y muchos de ellos con una cara bastante funérea...); el humor (de esto hay mucho, lírico, sutil, poético, Póo tiene mirada de poeta); la historia (ahí está ese patriarca gitano junto a un tapiz con un trozo de la cara de Franco; sólo verán a Franco los muy observadores); el amor (como sucede con la muerte, el Rastro está lleno de huellas de amor, amores rotos, amores consumidos, amores constantes más allá de la muerte); retratos extraordinarios (a muchos de estos vendedores los conocimos, los tratamos, fuimos amigos suyos: emocionante encontrarse con Antonio, que fue actor y actúa con esas arañas negras en la cara, o con el quincallero que yo llamaba «el hamburgués» porque gastaba una gorra portuaria, padre que fue de dieciocho hijos, los nueve últimos de una gitana, la mayor de ellos una muchacha de una belleza fulgurante, cervantina, la gitanilla la llamaba yo); los cuadros buenos y malos (todos esperando a que venga alguien a decirles «tú eres un greco», «tú eres un murillo», como esos huérfanos que esperan en su hospicio quien venga a adoptarlos); el pasado (cuántas llaves como aquellas de las que nunca quisieron desprenderse los sefarditas de Tesalónica, llaves que conservamos pese a saber que ya no abren ninguna puerta

conocida por nosotros); las muñecas (otro género en sí mismo, como el de las dentaduras: tristes, descuartizas, tuertas, el sueño de tantas niñas y adorno en las camas de tantas tiernas y apaleadas mujeres solanescas); los pájaros (de cuando en el Rastro dejaban vender pájaros, cachorros de perro y gato y animales, de cuando el mundo no se había deshumanizado); las estaciones (cómo cambia el Rastro de una a otra, qué poco se parece el Rastro invernal al veraniego); los niños (que en el Rastro, lugar de viejos y de postrimerías, dan un toque único, murillesco y jovial, tanto si vienen con sus padres de la mano, como en su día el niño Póo, o están allí aprendiendo el difícil arte de mentir sin engañar); los barcos veleros (otro género más del Rastro: en Madrid, que no tiene mar, esos barcos son un manifiesto radical, y una de las páginas más bonitas del Rastro de Gómez de la Serna); la militar (así se conocen en el Rastro los efectos militares, medallas, gorras, uniformes... ¡Cuánto militar acaba en el Rastro con los galones tristes, recordándonos lo efímero que es todo en esta vida, golpes de Estado incluidos); libros...

Los libros son para nosotros capítulo aparte. Salvo los cuatro o cinco años que pasó él en París y sus tres o cuatro en Valencia, Bonet y yo hemos buscado durante ya más de cuarenta sobre todo libros, papeles y, si se dan, grabados, pinturas, acuarelas. Libros buscaba con nosotros también el pintor José Cereijo, que empezó a hacer el Rastro diez años antes. Póo ha hecho una gran foto de libros. Se ven tres filas de mamotretos del siglo XVIII en pésimo estado, parecen haber llegado de las cuerdas de un obispo o de una hambruna, porque ninguno ha conservado el pergamino de su encuadernación (que alguien habrá cocido y comido). Se ve (esas cosas se ven por emanación, por ósmosis) que son libros de iglesia de escaso valor. Lo interesante de esta foto son las manos que buscan entre ellos, como ha buscado uno desde siempre el manuscrito perdido de *Las semanas del jardín*. Manos de mujer. Gabardina de mujer (con los botones a la derecha). Yo he reconocido esas manos. El Rastro de trastos viejos, incluidos en los trastos los libros, es cosa más de hombres que de mujeres, no se me pregunte por qué. Tanto los que venden, pero principalmente los que compran libros, han sido hombres (hasta la llegada de nuestras amigas gallegas Ana Pérez, Nieves García y Nola Romero). Durante más de veinte años la única mujer que compraba libros en el Rastro, o que los compraba a esas horas tempranas nuestras, era la dueña de esas manos. Antoñita venía acompañando a su marido el librero de viejo Pepe Berchi, pero en el Rastro se separaban y cada uno llevaba sus negocios por su cuenta (en realidad la buena de Antoñita buscaba otras cosas, mantelerías, vajillas y fantasías para el hogar).

Y si cuento todo esto es para decir que la fotografía puede llegar a ser un documento de barbarie. Ha visto uno en el suelo un trozo de la biblioteca de Ramón y Cajal con anotaciones de su puño y letras en los márgenes y páginas de respeto de aquellos libros. Para cuando Póo hizo esa foto (empezó a retratar el Rastro a finales de los ochenta, y la mayoría de esas fotos son de los noventa del siglo pasado), el Rastro clásico daba sus boqueadas. ¿Qué entendemos por «Rastro clásico»? Aquel al que llegaron, en efecto, grecos y murillos, y, como en la foto, libros del siglo XVIII a granel, en sacos, y aun anteriores, del XVII,

del XVI, góticos, incunables... Ese Rastro se ha transformado. Hoy es parecido, y no. Yo aquí no voy a lanzar la elegía, porque el de ahora me parece igual de bonito e interesante que el de hace cuarenta años, y seguramente que el de hace cien y doscientos. Porque lo categórico del Rastro no lo cambia la anécdota (que haya más o menos libros del siglo XVIII, ni Antoñitas, ni Trapiellos, ni Póos). La categoría del Rastro es preguntarse qué buscamos en los libros viejos, en los muebles antiguos, en los relojes parados, en los juguetes rotos.

Lo categórico son las obras, y esas, por suerte, no se las salta un gitano (y nunca mejor dicho). Lo categórico es lo que nos sobrevive, porque siempre habrá alguien dispuesto a darle una segunda vida.

Las fotos de Póo entran hoy a formar parte de las categorías del Rastro. Lo hacen por la puerta grande. El editor Pedro M. Sánchez Moreno le ha invitado a uno a dar fe de este alumbramiento. Nos hemos encontrado por azar los tres, editor, fotógrafo y rastrista. Este azar rige también las búsquedas de aquellas costanillas y plazas. Y que la más importante de ellas se llame Campillo del Mundo Nuevo, vendiéndose allí tanta cosa vieja, es otra más de las finuras mágicas que propicia el azaroso Rastro.

ANDRÉS TRAPIELLO
Madrid, septiembre, 2023

Siempre se puede plantear en el Rastro aquella
pregunta del viejo literato: ¿Es el Rastro el que está
en Madrid, o Madrid en el Rastro?

RGS





No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra.

El editor se ajusta a lo establecido por la legislación vigente sobre los derechos de autor de las imágenes aquí reproducidas. Si se detecta algún error y omisión, el propietario de los derechos o su representante pueden dirigirse al editor.

Abreviaturas utilizadas:

MA	Moncho Alpuente
RGS	Ramón Gómez de la Serna

© de la presentación: Andrés Trapiello

© de las fotografías: Jorge Póo Rayón

© de la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L.

Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)

Tel.: (+34) 91 892 2234

docecalles@docecalles.com

www.docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-530-6

Depósito legal: M-24838-2025

Impreso en España / *Printed in Spain*

En esta publicación se ha utilizado papel con gestión forestal certificada, libre de cloro de acuerdo con los criterios medioambientales de la Administración Pública.